

ACTO TERCERO

Hemos vuelto al almacén de «Zambrano y Canet». Siendo el mismo, se advierten en el local ciertos detalles que le dan un aspecto insospechadamente agradable. Hay más orden en las cosas y hasta unos jarrones con flores se ven en distintos sitios.

En escena, sorprendemos, en la garita que ocupaba CAMPILLO a ELENA que hace sus veces, y a FLORENTINA y TADEO que están entregados a la labor de llenar una de las grandes cajas de madera, mientras dictan en voz alta las mercancías que anota ELENA. FLORENTINA es ahora el alma del trabajo y su espíritu dinámico llena de luz y optimismo el almacén.

- FLORENTINA. *(Voceando y trabajando con una actividad tan prodigiosa que contagia a los demás.)* ¡Diez gruesas botón «Galalí», color uno-tres-ocho!
- ELENA. *(Anotando.)* Uno-tres-ocho...
- TADEO. *(Queriendo ser tan vertiginoso como FLORENTINA.)* ¡Seis gruesas botón «Corozo» quinientos doce, color cinco ocho!...
- ELENA. *(Anotando.)* Cinco-ocho.
- FLORENTINA. ¡Catorce gruesas botón nácar primera, línea catorce-diez y seis!
- ELENA. ¡Catorce-diez y seis!
- TADEO. ¡Tres cajas plomillos clase «C»!...
- ELENA. ¡Clase «C»!...
- FLORENTINA. ¡Cuatro cajas de plomillos clase «H. I.»!
- ELENA. «H. I.»
- TADEO. «J.K.»... Digo dos cajas ligas señora, serie «J. K.»
- FLORENTINA. ¡Cuatro cajas carretes hilo surtido cuatrocientos cinco, barra dos!...
- ELENA. Barra dos...
- FLORENTINA. Igual, barra tres...
- ELENA. Barra tres...
- TADEO. Barra cinco...
- FLORENTINA. Barra siete...
- TADEO. Barra diez.
- FLORENTINA. Barra quince, veintiuno, veintiséis y treinta y tres.
- TADEO. *(Que no puede seguir, cesando de trabajar.)* ¡Es mucha barra, Florentina!... ¡No puedo más!...
- FLORENTINA. ¿Por qué me desafías, carota?...
- ELENA. Yo tampoco te puedo seguir, nena... Trabajas muy de prisa... Tengo la mano rendida...
- FLORENTINA. La culpa es de Tadeo... Me provoca y después se arrepiente.
- TADEO. ¡Es que nos metes cada «tute»!...

- FLORENTINA. Cuando se dice a trabajar, se trabaja. Cuando hay que descansar, se ríe.
- TADEO. ¡Me carcajeo de los peces cuadriláteros!... Soy capaz de trabajar día y noche si lo mandas tú, tirana.
- FLORENTINA. *(En tono cariñoso.)* ¿Ves, cabezota?... ¡Si el trabajo no tiene más que un secreto: hacérmolo más agradable!...
- TADEO. O que nos lo hagan.
Del despacho, don VIRGILIO.
- VIRGILIO. *(A FLORENTINA.)* ¿Volvió Esteban, nena?
- FLORENTINA. Todavía no. Me extraña su tardanza. ¿No fue al banco?
- VIRGILIO. Sí. Le mandé a retirar unos fondos. Hay que pagar unas letras.
- FLORENTINA. ¿Ya telefoneó don Mauricio?
- VIRGILIO. No. Me inquieta su silencio.
- FLORENTINA. Son ocho días sin saber noticias tuyas.
- VIRGILIO. Acércate a su casa, Tadeo.
- TADEO. Estuve esta mañana a primera hora. Tampoco saben nada. Su hermana mayor está muy intranquila.
- VIRGILIO. Dentro de un rato vuelves y preguntas en mi nombre.
- TADEO. Sí, señor. Como mande.
- FLORENTINA. *(A ELENA, que continúa trabajando en su garita.)* Elena, ayúdale a Campillo. Luego seguiremos con esto.
- ELENA. *(Saliendo del despachito e iniciando mutis.)* ¿Voy sentando facturas?
- FLORENTINA. *(Acariciándola.)* Sí, preciosa. *(Mutis de ELENA al despacho.)* Estás preocupado, ¿verdad, tío?
- VIRGILIO. Es natural. Son muchos días sin saber de mi consocio. Ni una mala carta...
- FLORENTINA. No te inquietes. A lo mejor cualquier aventurilla femenina...
- VIRGILIO. Zambrano es muy serio.
- FLORENTINA. ¡Que te lo crees tú!... En fin, ¡qué más da!
De la calle, MARIÍNA. Lleva una bandejita con un vaso de leche y una tostada.
- MARIÍNA. Aquí está el desayuno del señorín.
- FLORENTINA. Anda, tío, antes de que se enfríe.
- VIRGILIO. *(A MARIÍNA.)* Déjalo en el despacho.
- MARIÍNA. Sí, señorito.
Sale, despacho.
- FLORENTINA. ¿No lo tomas ahora?...
- VIRGILIO. Después.
- FLORENTINA. No, no... ¡En seguida!... ¡Que te conozco, desobediente!... ¡Sin chistar y... multa: tirón de orejas!
- VIRGILIO. ¡Suelta, diablillo!
- FLORENTINA. Pasa dentro...
- VIRGILIO. ¡Que me haces daño!... ¡Ja!... ¡Ja!... ¡Ja!...

- FLORENTINA. ¡A tomar el desayuno!...
Vuelve a entrar MARIÍNA.
- MARIÍNA. Lo tiene servido el señorín.
- FLORENTINA. *(Dando un empujoncito a don VIRGILIO y haciéndole desaparecer despacho.)* ¡Al calabozo!
- TADEO. *(Que durante la escena anterior se ha entretenido en ordenar y arreglar el género en el mostrador, dice a FLORENTINA.)* ¡Eres una «mandamasa»!
- FLORENTINA. ¡Tú te callas, matemático!
- MARIÍNA. *(Muy humilde.)* Flor...
- FLORENTINA. ¿Qué quieres?
- MARIÍNA. ¿Me das un repasín a la «lección»?
- FLORENTINA. Sí, mujer... No te pongas colorada.
- MARIÍNA. *(Sacando un papel y mostrándolo a FLORENTINA.)* ¡Mira qué escribo!...
- TADEO. *(Burlón.)* ¡Postes de telégrafo!... ¡Ji, ji, ji!
- MARIÍNA. *(Ofendida.)* ¿Eh?...
- FLORENTINA. ¡No le hagas caso, Mariína!... *(Mirando el escrito.)* ¡Muy bien!... ¡Haces unas letras estupendas!...
- MARIÍNA. *(Ruborizada.)* ¡Non me digas, Flor!... *(A TADEO, con aire de triunfo.)* ¿Postes de telégrafo?
- TADEO. *(Riendo.)* ¡Y con carcoma!...
- FLORENTINA. *(A TADEO.)* ¿Te quieres callar?
- MARIÍNA. ¡Sé más que tú, torpón!... ¡Y escribiré más pronto que tú harás cuentas!
- TADEO. ¡Ji!... ¡Ji!... ¡Ji!...
- MARIÍNA. ¡Se ríe, Flor!...
- FLORENTINA. *(Reprimiéndole.)* ¿Por qué haces burla de Mariína?... Su única ilusión es aprender a escribir para decirles cosas a sus padres. ¿Lo oyes? ¡A sus padres!
- TADEO. ¡Ji, ji, ji!... ¡No vivirán tantos años!
- FLORENTINA. No eres tú tan aplicado.
- TADEO. Más que ella.
- FLORENTINA. Vamos a verlo. ¿Has resuelto el problema que te puse ayer?
- TADEO. Lo tengo en estudio.
- FLORENTINA. Te pondré otro y lo has de resolver inmediatamente.
- TADEO. *(Aterrado.)* ¿Ahora?... ¿Qué daño te he hecho?
- FLORENTINA. A obedecer! Toma papel y lápiz. *(Se lo da.)* Siéntate ahí. *(En una caja.)*
- TADEO. ¿No podíamos dejarlo para otro rato? ¡Si sale el patrón!...
- FLORENTINA. ¡Aquí no hay más patrón que yo!... *(Lo sienta violentamente y ella a su lado. A MARIÍNA)* Siéntate a mi lado. *(Forman un grupo tierno y de una ingenuidad encantadora. A TADEO.)* Anota: «Un fondista ha comprado diez kilogramos de carne de ternera».
- TADEO. ¿Cómo de ternera?
- FLORENTINA. O de lo que sea, ¡Qué más da!... «Al precio de tasa, y seis kilogramos y tres cuartos de cordero...»

- TADEO. ¡Qué manera de soñar!...
- FLORENTINA. ¿Cuánto dinero ha gastado el fondista?
- TADEO. ¡Una fortuna!
- MARIÍNA. (*Burlándose.*) ¡Non sabe, non sabe!...
- TADEO. ¿Pero hay alguien que venda carne de ternera a precio de tasa?
- FLORENTINA. ¡Escribe, chimpancé! Otro problema: «Un vendedor de huevos cobró setecientas pesetas por cierta partida que había realizado a tres diez la docena». ¿Cuántos huevos ha vendido?
- TADEO. ¡Media docena!
- MARIÍNA. (*Burlándose.*) ¡Non sabe!... ¡Non sabe!...
- TADEO. ¿Cómo que no sé?... Pregúntale a doña Amparo a qué precio le cuestan... Yo no lo puedo decir porque hace más de un año que no he comprado uno.
- FLORENTINA. ¿Anotaste los problemas?
- TADEO. No hace falta.
- FLORENTINA. Pues a ver la solución.
- TADEO. De memoria los resuelvo: meter en la cárcel al que vende y a quien compra a sobre precio.
- FLORENTINA. (*Autoritaria.*) ¡A resolverlos en seguida!
- TADEO. ¡Menudos problemas!
Y queda estudiando el problemita.
- FLORENTINA. A ver tú, Mariína. ¿Qué precisa una persona para expresar en una carta todo el sentimiento de su alma?
- MARIÍNA. (*Dulcemente.*) Tener corazón...
- FLORENTINA. ¿Y para tener corazón?
- MARIÍNA. Ser buenos...
- FLORENTINA. ¿Y para ser buenos?
- TADEO. (*Enfrascado en su problema.*) «Diez kilos de carne»...
- FLORENTINA. (*Regañándole.*) En voz baja, Tadeo.
- TADEO. Ya...
- FLORENTINA. (*A MARIÍNA.*) ¿Qué dirás a tus padres cuando sepas escribir?
- MARIÍNA. ¡Qué sé yo!... ¡Todo lo que me salga! ¡Pobrones míos!... ¡Que les quiero mucho!... ¡Que no vivo sin verles!... ¡Que quisiera darles!...
- TADEO. (*Preocupado con los suyos.*) «Setecientas pesetas de huevos...»
- FLORENTINA. (*A TADEO.*) Te he dicho que no vocees.
- TADEO. ¡Es que me hago un lío!...
- FLORENTINA. (*A MARIÍNA.*) Ahora a escribir... Mira... Fíjate. (*Escribir en un papel.*) ¿Qué dice ahí?
- MARIÍNA. (*Avergonzada.*) Non sé bien...
- FLORENTINA. «Queridos padres...»
- MARIÍNA. ¿Dice ahí eso?... ¿Tanto?...

- FLORENTINA. Míralo... Escríbelo tú...
- MARIÍNA. Non sé bien.
- FLORENTINA. Junta las letras... Cópialo igual... Prueba...
- MARIÍNA. ¡Sí, sí!...
Y escribe en el papel, ilusionada.
- FLORENTINA. *(Mirando lo que escribe.)* «Que... ri...» Con una erre sola, Mariína, con una erre.
- MARIÍNA. ¡Más fuerza tiene con dos!... ¡Qué sé yo!
Continúa escribiendo.
- TADEO. ¡No puede ser!
- FLORENTINA. ¿Qué te ocurre?
- TADEO. ¡Que me sale a mil pesetas la docena de huevos!
- FLORENTINA. Sigues tan torpe como siempre... ¡No te gusta pensar!...
- TADEO. Y menos ahora. ¡Con lo débil que estoy!...
- FLORENTINA. Ve a hacer lo que te dijo el tío.
- TADEO. *(Soltando el lápiz y el papel con alegría.)* En seguida... ¡Qué peso me has quitado! ¡Hasta luego!
Sale, calle.
- MARIÍNA. *(Por lo que ha escrito.)* ¡Mira que bien!
- FLORENTINA. ¡Estupendo! *(Del despacho, don VIRGILIO, que contempla un momento a FLORENTINA y MARIÍNA, sin ser visto por ellas.)* Ahora te escribo unos renglones y tú los copias en casa.
- MARIÍNA. ¡Sí, sí!... ¡Qué buena eres, Flor!... ¡Así te quiere tanto el señorín!... ¡Nunca le vi reír como contigo!
- FLORENTINA. Mi tío es, en el fondo, un niño bueno.
- MARIÍNA. Dame mucho pesar saber que sufre...
- FLORENTINA. ¿Tú crees que mi padrino sufre?
- MARIÍNA. Sí... Se le ve... Los «fiyos» non le quieren y la «muyer» tampoco.
- FLORENTINA. Sí que lo quieren, tonta.
- MARIÍNA. ¡Pues non se lo demuestran!... ¡Qué sé yo!... ¡No hacen más que pedirle dinero!... ¡Qué sé yo!... Con lo que a mí me gusta dárselo a mis «vieyos»!...
- FLORENTINA. ¿Te acuerdas mucho de ellos?
- MARIÍNA. ¡Siempre!... ¡Siempre!... Si estuvieran aquí, comíalos a besos!... ¡Por eso he de aprender!... ¡Para escribir a los «vieyos» que me esperan en les Asturias!
- FLORENTINA. ¡Aprenderás y pronto!
- MARIÍNA. Me has de escribir una canción que cantábame mi madre... ¡Quiero copiarla yo poquito a poco!
- FLORENTINA. ¿La recuerdas?
- MARIÍNA. ¡Viva llévola aún dentro del alma!
- FLORENTINA. Cántala.

- MARIÍNA. *(Ruborizada.)* Dame reparo... Non sé bien...
- FLORENTINA. No te apures... Como sepas... Canta.
- MARIÍNA. *(A media voz y con mucho sentimiento.)*
«¡Al pasar por el Puertu,
Puertu Payares,
me encontré con un “vieyo”,
yindando vaques»!...
- Se enjuga una lágrima.*
- FLORENTINA. *(Estrechándola sobre su corazón.)* ¡La escribirás, Mariína!... ¡La escribirás! *(Al reparar en don VIRGILIO.)* Pero recoge aquel servicio. ¡Nos ha pillado el patrón!
- MARIÍNA. *(Asustada, viéndole.)* ¡Válgame la caridad!
Inicia mutis hacia el despacho y a la misma puerta la llama FLORENTINA, diciéndole.
- FLORENTINA. Oye, Mariína... ¿Cómo dice la canción?
- MARIÍNA. *(Recitando la estrofa con dulzura y sentimiento.)*
«¡Al pasar por el Puertu,
Puertu Payares,
me encontré con un “vieyo”,
yindando vaques»!...
- Mutis al despacho. Pausa breve.*
- VIRGILIO. *(Emocionado.)* ¡Chiquilla!... ¡Chiquilla!... ¡Qué encanto eres!... ¡Ven que te abrace!
La abraza con sentida efusión.
- FLORENTINA. ¡No aprietes tanto, padrino!... ¡No aprietes tanto!. ¿No ves que me quedado en el «chasis»?...
- En esta situación les sorprende doña AMPARO y TONINA, que vienen de la calle.*
- AMPARO. ¡Siempre tan cariñoso!
- FLORENTINA. *(Por doña AMPARO y TONINA.)* ¡La nube y el trueno!... ¡Tormenta!
Y se entrega al trabajo, ausente por completo de la conversación de los demás.
Sale del despacho MARIÍNA con el servicio que trajo y hace mutis calle, procurando no ser vista por doña AMPARO y TONINA.
- VIRGILIO. ¿Qué queréis?
- AMPARO. Dinero. Vamos de compras.
- VIRGILIO. ¿Mil pesetas?
- AMPARO. ¡No te excedas, Virgilio!... ¡No te excedes!... ¡Si fuera para tus sobrinas!
- VIRGILIO. Basta. No hables de eso. Toma, dos mil.
- AMPARO. *(Después de tomar el dinero y con un gesto despectivo hacia VIRGILIO dice.)* Vámonos, niña.
- TONINA. Sí, vamos. *(Cerca del mutis, TONINA retrocede hasta su padre.)* ¡Ah, papá!... Me olvidaba una cosa.
- VIRGILIO. ¿Darme un beso?
- TONINA. *(Desdeñosa.)* ¡Qué tontería tienes!... Pedirte unas pesetillas para mí. Poca cosa.

- Necesito unas «katiuskas» y carmín. Dame cien durillos.
- VIRGILIO. Tienes muchos caprichos; pero bien. Ahí van.
Se los da.
- TONINA. ¡Formidable!
- VIRGILIO. ¿Me das un beso?...
- TONINA. ¿Ya te lo quieres cobrar?... ¡No eres tú nadie pidiendo!... Hasta después.
Salen a la calle doña AMPARO y TONINA, a tiempo que entra ESTEBAN, que les cede el paso.
- ESTEBAN. Buenos días, doña Amparo. Tonina...
- AMPARO. Hola, Esteban.
- TONINA. Hola.
ESTEBAN les saluda con una leve inclinación de cabeza, y hacen mutis ellas.
- VIRGILIO. (A ESTEBAN.) ¿Traes el dinero?
- ESTEBAN. No señor. Por eso tardé.
- FLORENTINA. ¿Le han robado?
- ESTEBAN. A mí, no. ¡A usted, don Virgilio!... ¡A usted!
- VIRGILIO. ¿Qué dices?
- FLORENTINA. ¿Cómo?
- VIRGILIO. Explícate.
- ESTEBAN. En el banco no me han podido aceptar el cheque de veinte mil pesetas que me firmó usted.
- VIRGILIO. Tengo la firma reconocida. Podemos operar mi socio y yo indistintamente.
- ESTEBAN. No es por eso, sino porque en la cuenta corriente de «Zambrano y Canet» sólo hay un saldo a favor de dieciséis mil pesetas.
- VIRGILIO. ¿De todo el capital?...
- ESTEBAN. Sí, don Virgilio.
- VIRGILIO. Debe ser un error... ¡Si no es posible!...
- ESTEBAN. Eso creía yo. Estuve punteando los talones...
- FLORENTINA. ¿Y la numeración del talonario?...
- VIRGILIO. Es correlativa. Ausente Zambrano, al firmar el cheque me fijé en ese detalle.
- ESTEBAN. Sí, señor. Pero en el Banco me presentaron los talones de ventanilla que cobró don Mauricio allí mismo.
- VIRGILIO. ¡Ah!... ¡Menos mal!... ¡Ya descanso! ¿Retiró mucho?
- ESTEBAN. Unas trescientas mil pesetas en quince días.
- VIRGILIO. Sí... Será para comprar género.
- FLORENTINA. (A don VIRGILIO.) ¿Y sin decirte a ti nada?... Pero... ¿es que tú no eres nadie en el negocio?...
- VIRGILIO. Tiene toda mi confianza.
- FLORENTINA. ¡Y... estás expuesto a que te engañe por las buenas!
- VIRGILIO. ¡No seas mal pensada, Florentina!

- ESTEBAN. ¿Y qué hacemos con las letras que vencen hoy?
- VIRGILIO. Pagarlas de mi cuenta particular. De mis ahorros.
- FLORENTINA. ¡Ay, tío, que ese Zambrano!...
- VIRGILIO. ¡Cuidado con lo que hablas!... Espera, Esteban, y te extenderé el cheque. Espera un momentín.
- Mutis despacho.*
- FLORENTINA. (Por su tío.) ¿No le parece excesivamente confiado?
- ESTEBAN. Ya le dije bastante. Son mis jefes y no es correcto criticar sus decisiones.
- FLORENTINA. Usted, como yo, sabe que don Mauricio no juega limpio con mi tío... Este viajecito a Barcelona y... ¡en autovía!, cinco horas... ¡Vamos, que vuela!... ¡Vuela con todos los «pápiros»!...
- ESTEBAN. Temo algo peor. En fin, no anticipemos. (Transición.) ¿Oyó como me ha saludado al salir Tonina?
- FLORENTINA. Sí, hombre, sí... Con un «hola» que le quita la hache y no hace usted más gárgaras. ¡Ahogao!
- ESTEBAN. ¡Lástima que sea tan orgullosa!
- FLORENTINA. Ya me di cuenta que está usted colao hasta el tobillo... ¡Pero dígaselo, hombre!... ¡Aunque sea por señas!...
- ESTEBAN. No me atrevo... Para Tonina nunca dejaré de ser el hijo del portero de su casa. ¡Un pobre chico!...
- FLORENTINA. Amos, ande... ¡Don Modesto!... ¿Con esa «percha», que parece un maniquí del Águila, y... mudo?... ¡Dígaselo, capicúa! (Reanudando su trabajo.) ¡Si yo fuese hombre!...
De la calle, MANOLÍN, el recadero.
- MANOLÍN. Buenos días.
- ESTEBAN. Felices. ¿Qué desea?
- MANOLÍN. ¿Está don Virgilio?
- ESTEBAN. Sí, señor. Ahora está un poco ocupado.
- MANOLÍN. Esperaré.
- ESTEBAN. Dígame su objeto y le pasaré aviso.
- MANOLÍN. Hablar con él, precisamente. Traigo un recado del señor Ibáñez, de Torres-Altas.
- ESTEBAN. ¡Ah!... Usted es Manolín.
- MANOLÍN. El mismo, sí, señor.
- ESTEBAN. No le había conocido de momento. Se facturó el último pedido... La caja ya debió recibirla...
- MANOLÍN. Ya la ha recibido, ya...
- ESTEBAN. ¿Acaso no llegó bien?
- MANOLÍN. ¿La caja?... Sí, señor, sí... La caja llegó muy bien... Pero... Bueno... Yo necesito hablar con don Virgilio.
- ESTEBAN. Espere unos minutos. Siéntese.

Mutis, al despacho. MANOLÍN se sienta y lía un cigarrillo.

FLORENTINA. ¿Cómo van esos chicos, buen hombre?

MANOLÍN. ¿Los chicos?... ¿Cómo sabe?... *(Da un brinco de alegría al reconocerla.)* ¡Toma!... ¡No te había conocido, pequeña!... ¡Los chicos están muy bien!

FLORENTINA. ¿Los dos?

MANOLÍN. ¿Cómo los dos?... ¡Los cuatro!...

FLORENTINA. ¿Se han casado?

MANOLÍN. No, muchacha. Aquellos dos madrileñitos –¡qué salaos!– y dos mañicos más vivos que una ardilla!

FLORENTINA. ¡Demasiados para usted!

MANOLÍN. ¡Bah!... ¡Qué más da!... *(Transición.)* ¿Y a ti por esta casa se irá bien?...

FLORENTINA. De primera, estoy contentísima.

MANOLÍN. ¡Tú has tenido más suerte que los míos! ¡Has caído en una casa de posibles!... ¡Lo que te mirarán aquí!... ¡Creo que tu tía es muy buena!...

FLORENTINA. *(Irónica.)* ¡Buenísima!... A nosotros nos trata con un cariño que es el disloque... ¡Encantadora!... ¡Y si es mi prima!... ¡Ay, mi prima!... ¡Es lo más... idiota que se conoce!...

MANOLÍN. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... ¡Qué más da!

FLORENTINA. Por lo demás, formidable... Hacemos lo que nunca había hecho: ¡trabajar! El trabajo es una cosa muy alegre... Yo no lo sabía...

MANOLÍN. Y muy saludable.

FLORENTINA. ¡Da ganas de cantar y de reír a toda hora!... *(Transición.)* Antes éramos unas señoritas cien por cien que no servíamos para nada... Y ahora trabajamos y ¡hasta ganamos un sueldo!

MANOLÍN. ¡Algo hay que agradecer a la guerra!

FLORENTINA. Si no hubiéramos perdido a nuestros padres, seríamos dichosas, porque en nuestra vida se inicia un nuevo ritmo: ¡El del trabajo!...

MANOLÍN. ¡Me gusta escucharte, muchacha!... ¡Eres agradecida hasta con tu desgracia!

FLORENTINA. ¡Qué más da!...

MANOLÍN. Lo contrario de un evacuado que tuve en casa unos días.

FLORENTINA. ¿Otro? ¿Es usted un refugio?...

MANOLÍN. ¡Qué más da!... Las circunstancias... Un viaje a la capital, una conversación de café, unos cigarros de hierba y un evacuado que me larga su tragedia. ¡Me tocó el flaco! ¿Qué iba yo a hacer?... «¡A mi casa! –le dije– ¿Hay cuatro? ¡Qué sean cinco!... ¡Qué más da!...» Y al pueblo me lo llevé, después de cargar con sus maletas y sus libros.

FLORENTINA. ¿Era estudiante?...

MANOLÍN. ¡Un sinvergüenza!... ¡Me he enterado de que lo de las maletas y los libros es un truco!

FLORENTINA. ¡Qué fresco!

- MANOLÍN. Allí no hacía más que robarme y hablar mal de mí. ¡Llegó a decir que le cobraba diez pesetas por dormir!... «¡Qué más da! –decía yo–. Bastante desgracia tiene que perdió su casa...». Pero cuando me enteré de que aquí vivía de las mujeres, lo planté en la calle.
- FLORENTINA. ¡Bien hecho!... ¡Hay cada evacuado profesional!...
Del despacho, don VIRGILIO.
- VIRGILIO. ¡Hola, Manolín!
- MANOLÍN. Se le saluda, don Virgilio.
- VIRGILIO. ¿Cómo va la mujer?
- MANOLÍN. ¡Más contenta está mi Ramona!...
- VIRGILIO. ¿Y los chicos?...
- FLORENTINA. Tiene dos más.
- VIRGILIO. ¿Vas a poner un colegio?
- MANOLÍN. Estoy muy satisfecho con ellos... Sobre todo con las chicas. Los muchachos eran muy revoltosos, muy contestones; pero desde que los envió a la escuela son otros... ¡Era lo único que les faltaba!
- FLORENTINA. Lo que siempre faltó en España, Manolín: ¡escuelas! ¡Muchas escuelas!
- VIRGILIO. *(A MANOLÍN, con transición.)* Bueno, ¿y qué te trae por aquí?
- MANOLÍN. Hablar a solas con usted...
- FLORENTINA. *(Retirándose discretamente.)* Con permiso...
- VIRGILIO. No te vayas... *(A MANOLÍN.)* Habla en confianza. Mi sobrina puede saberlo todo. Ella es mi otro yo en este almacén.
- MANOLÍN. Es que...
- VIRGILIO. Habla. ¿Es algo relacionado con el último pedido?
- MANOLÍN. Sí, señor.
- VIRGILIO. ¿Llegó mal el género?... ¿Hay alguna equivocación?
- MANOLÍN. Eso me dijo el señor Ibáñez... Debió ser una equivocación... Al único que lo ha dicho es a mí... Me tiene tanta confianza...
- VIRGILIO. ¿Y qué le ocurre?
- MANOLÍN. El señor Ibáñez está que no llega la camisa al cuerpo... Tiene un pánico tremendo... ¡Y con razón!... Que allá en el pueblo metieron en la cárcel a unos cuantos sinvergüenzas que negociaban con las «sussistencias»!
- VIRGILIO. *(Intrigado y con sobresalto.)* Habla, Manolín... Di lo que sepas.
- MANOLÍN. Pues... que le mandaron «ustés» dos cajas; una con el género y otra que él no pidió...
- VIRGILIO. ¿Con qué?
- MANOLÍN. ¡Con azúcar!
- FLORENTINA. ¡Atiza!
- MANOLÍN. ¡Azúcar!... ¡Azúcar!...
- FLORENTINA. Lo mío fue una exclamación.

- MANOLÍN. Ya. (*VIRGILIO ha quedado sin poder articular palabra. Tal es su estupor.*) Usté dirá qué hacemos con esa caja... Ahí fuera está... La traje en el carro. El señor Ibáñez tuvo miedo de devolverla facturada. Yo quité las etiquetas...
- VIRGILIO. (*Confuso, sin saber cómo justificarse.*) No sé... Esa caja...
- FLORENTINA. (*A quién se le ha sugerido una idea salvadora.*) ¡Ah!... Sí... ¡Ya sé... Ese azúcar lo compró el señor Zambrano para regalarlo a la Asistencia Social.
- VIRGILIO. (*Con extrañeza, no comprendiendo.*) ¿Zambrano?...
- FLORENTINA. Sí, tío. ¿No recuerdas? (*Imponiendo silencio por señas a su tío.*) Antes de marcharse a Barcelona.
- VIRGILIO. Pero...
- FLORENTINA. Sí, padrino... Delante de mí lo dijo. Seguramente Tadeo como es tan atolondrado equivocó la etiqueta. (*A MANOLÍN.*) ¿Dice que trae la caja?
- MANOLÍN. Fuera está... ¡Y chica que es!
- FLORENTINA. ¿Me quiere hacer un favor?
- MANOLÍN. De cabeza. Tú dirás.
- FLORENTINA. Llegarse a Asistencia Social y entregarla allí. (*A don VIRGILIO.*) Dame una tarjeta tuya.
- VIRGILIO. ¿Qué vas a hacer?
- FLORENTINA. Obedéceme. (*VIRGILIO le entrega una tarjeta a FLORENTINA, y ésta, después de leerla, se la entrega a MANOLÍN.*) Así. Virgilio Canet solo. Sin Zambrano. (*Al recadero.*) Diga que es un obsequio de este señor.
- MANOLÍN. ¿Nada más?
- FLORENTINA. (*A VIRGILIO.*) Dame diez duros. (*Obedece don VIRGILIO y ella se los entrega a MANOLÍN.*) Tenga usted.
- MANOLÍN. De ningún modo... De ti no admito dinero.
- FLORENTINA. (*En súplica.*) Para los chicos. Cómpreles cualquier cosilla... Dígales que es de mi parte. De otra huérfana evacuada como ellos. ¡Usted es pobre!
- MANOLÍN. (*Enjugándose una lágrima.*) ¡Qué más da! (*Transición.*) Pero... ¡lo admito, y no para mis chicos que a ellos nada les falta, sino... para Asistencia Social!... ¡Salud!... ¡Salud!... ¡Muchas gracias!
- Mutis a la calle.*
- FLORENTINA. ¡Esto se pone serio, padrino!
- VIRGILIO. Y tan serio. No me gusta lo del envío de la caja con azúcar. Zambrano nos ha expuesto a un compromiso.
- FLORENTINA. Está jugando con tu reputación y tu tranquilidad.
Del despacho, ESTEBAN.
- VIRGILIO. Dime, Esteban, tú debes saberlo. En el almacén han sido remitidos géneros sospechosos durante mi ausencia. ¿No es así?
- ESTEBAN. Sí, señor. Aprovechando su enfermedad, don Mauricio tuvo mucho interés en despachar unas cajas.

- VIRGILIO. ¿Qué contenían?
- ESTEBAN. No sé.
- VIRGILIO. Haces bien en no hablar. Es tu deber. (*Transición.*) Toma el cheque y retira esas letras. Mi crédito es antes que todo.
- ESTEBAN. Muy bien. Voy con su permiso.
Mutis calle.
- FLORENTINA. ¡Ay, tío, que ese otro tío puede ser tu desgracia!
- VIRGILIO. No lo creo capaz.
- FLORENTINA. Ya lo ves... Trafica a tus espaldas. Te conduce a las puertas de la cárcel. Te humilla...
- VIRGILIO. ¿Me humilla?... ¿En qué?...
- Pausa breve.*
- FLORENTINA. En... nada... ¡Y aún le defiendes! (*Transición.*) ¡Menos mal que a ti te defiendo yo!
- VIRGILIO. ¡No puede ser!... ¡No lo creo!... ¡Sería horrible! (*De la calle, TADEO.*) ¿Qué?... (*Yendo impaciente a su encuentro.*) ¿Sabes algo, Tadeo?...
- TADEO. Ni una palabra. No había nadie en la casa. Me dijo la portera que la hermana de don Mauricio se fue al frente.
- FLORENTINA. ¿Tan vieja, al frente?
- TADEO. ¡Al frente del pan!... Al horno... ¡A la tahona!... Me cansé de esperar y regresé.
- FLORENTINA. ¡Qué poco discurre!... Haber ido en busca de su sobrino. Sabes dónde trabaja...
- TADEO. No lo pensé.
- VIRGILIO. (*Nervioso.*) Vuelve, indaga, pregunta en todas partes. Necesito saber qué es de Zambrano.
- TADEO. ¿En todas partes?
- VIRGILIO. Sí.
- TADEO. ¿Hasta en el nido secreto?... ¿En donde vive su «pájara»?
- VIRGILIO. También allí. Es necesario. No vuelvas sin noticias.
- TADEO. ¿Algo más?
- VIRGILIO. Vuela.
- TADEO. ¡Planeando!
Mutis calle.
- VIRGILIO. Llama a Barrutell... Sabremos si ya estuvo en Badalona.
- FLORENTINA. ¿Me la darán?
FLORENTINA inicia mutis despacho.
- VIRGILIO. Pídelo comercial. Lo intentaremos.
- FLORENTINA. Como mandes, padrino. Ahora veremos.
Mutis despacho.
- VIRGILIO. (*Con abatimiento y honda preocupación.*) ¡No puede ser!... ¡Imposible! *De la calle BERNIZA.* Viene cargado con un paquete de libros, un maletín y una maleta, atado a la cual se ve un paraguas muy llamativo.
- BERNIZA. ¿Se puede?

- VIRGILIO. *(Cesando aparentemente en su preocupación.)* Adelante.
- BERNIZA. *(Dándole la mano.)* ¿Qué tal, don Virgilio?... ¿Y su esposa?... ¿Y Tonina?... ¿Y Narciso?...
- VIRGILIO. Todos bien, gracias. Ellas salieron de compras.
- BERNIZA. Lo siento, pero es igual. Quería saludarles y pedir un pequeño favor a doña Amparo. Cuestión de pocos días... Hasta encontrar un sitio de confianza.
- VIRGILIO. Si el favor está en mis manos, cuente con él.
- BERNIZA. Muchas gracias. *(Por su equipaje, señalando uno de los estantes.)* ¿Lo dejo aquí?
- VIRGILIO. ¿Ah?... ¿Eso era?...
- BERNIZA. Por pocos días... Hasta encontrar una casa de confianza...
- VIRGILIO. Muy bien. Déjelo donde quiera.
- BERNIZA. ¿No me robarán nada?
- VIRGILIO. *(Molesto.)* En mi casa no se roba nada a nadie.
- BERNIZA. Perdone... No era mi intención... Pero vengo de un pueblo donde me han expoliado... Fui buscando reposo para preparar mi tesis... ¿Qué dirá usted que me cobraron solamente por dormir?
- VIRGILIO. ¡Quién sabe!...
- BERNIZA. ¡Diez pesetas diarias!... ¡Qué falta de consideración con los evacuados!... ¡Y en un pueblo indecente!... ¡Un villorrio!
- VIRGILIO. ¡Qué abuso!...
- BERNIZA. Cuestión de suerte, don Virgilio... ¡Yo no la tengo! *(Transición.)* Ya le contaré... Hasta ahora.
- VIRGILIO. Hasta siempre. Esta es su casa.
- BERNIZA. *(Ceremonioso.)* A lo mejor... Hasta luego... *(Volviendo sobre sus pasos.)* ¿No me robarán nada?... Digo... Bueno... Suyo siempre.
Sale calle.
- FLORENTINA. *(Sale del despacho.)* No dan la conferencia con Badalona... Es cuestión de paciencia.
- VIRGILIO. Insistiré yo. Voy a ver...
A tiempo que hace mutis despacho, sale ELENA, quien cede paso a su tío y dice a FLORENTINA.
- ELENA. Oye, nena... De esta nota no se encuentra el comprobante.
- FLORENTINA. Claro... Como que lo tengo en el bolsillo. *(Mostrándole una factura arrugada que guardaba.)* Lo encontré en el suelo; y es que sin darte cuenta estuviste escribiendo en el dorso tonterías.
- ELENA. ¿Yo?...
- FLORENTINA. ¡Toma! Léelas en voz alta. *(ELENA lo lee para sí y se ruboriza.)* ¿Te da vergüenza, verdad?... *(Leyendo lo que dice.)* «Narciso... Narcisito... Narcisín... Chato... ¡Te quiero!... ¡Te adoro!...». ¡Qué bonito!... *(Transición.)* Oye, ¿y no te da vergüenza adorar a un vago?...
- ELENA. No digas eso.
- FLORENTINA. ¡Lo digo y... lo voceo!... Por lo visto, ¡te colaste, cañamón!...
- ELENA. Él también me quiere...

- FLORENTINA. ¿Con permiso de quién?... ¿O es que yo no soy nadie?... ¡Hay que hablar conmigo primero!... ¡Caray con la mosquita muerta!...
De la calle, NARCISO.
- NARCISO. ¡Hola, primitas!...
Barbillea a FLORENTINA
- FLORENTINA. *(Esquiva y muy seria.)* Un poco más de respeto, tú... *(Pequeña pausa.)* ¿Qué se te ha perdido por aquí?
- NARCISO. Hablar con Elenita.
- FLORENTINA. Será por teléfono. A mí no me da tu madre otro sofoco.
- ELENA. Tiene razón... Vete, Narciso.
- NARCISO. Sí que me voy... Pero no sin antes deciros que... me marcho al frente.
- ELENA. *(Aterrada.)* ¿Qué!...
- FLORENTINA. *(Con satisfacción.)* Ya me vas gustando... ¿Han llamado a tu reemplazo?
- NARCISO. Mañana saldrá la nota.
- ELENA. *(Llorosa.)* ¿Lo saben tus padres?
- NARCISO. Todavía no. No les digáis nada...
- ELENA.. *(Llorando.)* ¡Qué desgracia!
- FLORENTINA. ¿Cómo desgracia?... ¡Es un deber!...
- NARCISO. Tienes razón, Florentina... *(A ELENA.)* ¡No llores!... Yo también lo creía una desgracia antes... Antes de quererte, Elena... Ahora lo acepto como una obligación de ciudadano.
- FLORENTINA. ¡Chócala!... ¡Te estás volviendo personal!...
- NARCISO. ¡He aprendido de vosotras!...
- FLORENTINA. ¿Tú?... ¿Tan superficial?... ¡Tan divertido!...
- NARCISO. Quiero salir de mi error.
- FLORENTINA. Y, a lo mejor... ¡hasta piensa trabajar algún día!...
- NARCISO. ¡Cuando venga del frente!
- FLORENTINA. Lo que dice el recadero de Torres-Altas: «Algo hay que agradecerle a la guerra!».
- NARCISO. Entonces comenzará mi vida... *(A ELENA.)* Y nos casaremos.
- FLORENTINA. Espera, espera... ¿Dices que trabajarás?
- NARCISO. ¡Te lo prometo!
- FLORENTINA. Si es así... *(Por ELENA.)* ¡Te concederé su mano!
- NARCISO. ¿Me das la tuya?...
- FLORENTINA. ¿La mía también, ansioso?
- NARCISO. Para sellar este pacto.
- FLORENTINA. *(Abrazándole.)* ¡Y un beso!... *(Pausa. Transición.)* ¡No dirás que ha sido un beso de suegra!...
- NARCISO. ¡Me ha sabido a golosina!...
- FLORENTINA. *(Ingenua.)* No me lo digas, hombre.

- NARCISO. Volveré luego, Elenita...
- ELENA. Hasta que quieras, Narciso...
- NARCISO. Y sin lágrimas, ¿eh?... ¡Ya ves que yo no lloro!... *(A las dos.)* Hasta ahora.
Mutis calle. Pausa.
- FLORENTINA. ¡Lo has vuelto como un calcetín!... ¿Qué le has «dao»?... ¡Fíate de los románticos...
- ELENA. No negarás que Narciso es un gran chico...
- FLORENTINA. ¡Hoy habló como un gran hombre!
Del despacho, CAMPILLO, con un bloc de notas.
- CAMPILLO. Elenita, ¿encontró ya el comprobante?
- ELENA. No, señor.
- FLORENTINA. Sí, Campillo, lo tengo yo. Ahora, que está inadmisibile. Mi hermanita escribió al dorso unas bobadas.
- ELENA. *(A CAMPILLO, haciendo mutis al despacho.)* No haga caso... Son cosas de Florentina...
- CAMPILLO. Sólo me interesan las pesetas.
- FLORENTINA. Como a todos. ¡Y la calderilla!... ¡Nos ha fastidiado!
- CAMPILLO. ¿Qué cantidad?... ¿Me hace el favor?
- FLORENTINA. *(Leyendo la factura.)* Doscientas cincuenta y tres.
Ella prosigue su trabajo activamente en el almacén, A tiempo que de la calle entran doña AMPARO y TONINA, con paquetes de compras.
- TONINA. ¡Huy, qué cansada!...
- AMPARO. Muy buenas.
Las dos han tomado asiento.
- CAMPILLO. Buenas las tengan ustedes. De compras, ¿eh?...
- TONINA. Sí, Campillo... ¡Un espanto!...
- AMPARO. Está todo carísimo... Da miedo ir a comprar... *(Transición.)* ¿Cómo quedó por fin con su evacuado?
- TONINA. ¿Lo echó usted?
- CAMPILLO. ¡Mucho me costó... pero le puse de patitas en la calle!... ¡Luego he sabido de él cosas horribles!... Un tipo despreciable. ¡Vivía de las mujeres!...
- AMPARO. ¡Qué indignidad!
- TONINA. ¡Qué vergüenza!
- CAMPILLO. Sufrí mucho por su culpa. Pero, por fin, ¡lo eché!... ¡Desde que no le veo soy feliz!...
(Diciendo esto, BERNIZA, de la calle, entra tranquilo y ceremoniosamente. CAMPILLO, al verle, queda viendo visiones.) ¡Ooooh!... ¡Aaaah!...
- BERNIZA. *(Al ver a CAMPILLO.)* ¡Copado!... ¡Chaqueteeé!...
Intenta retroceder hacia la puerta.
- TONINA. ¡Berniza!
- BERNIZA. *(Disimulando su nerviosismo.)* ¡Hola!... ¿Qué tal?... ¡Perdón!... ¡Vuelvo en seguida!...
- CAMPILLO. *(Que se había quedado sin habla, rompe por fin.)* ¡El!... ¡El!...

- AMPARO. ¿El qué?...
- CAMPILLO. ¡El sinvergüenza que les dije!... ¡El evacuado!... ¡El evacuado que eché de casa!...
- BERNIZA. (*Aparentando una intranquilidad que no tiene.*) ¿Me dice a mí?
- AMPARO. Se ha confundido, Campillo.
- CAMPILLO. (*Entre la duda y la certeza.*) No, no... Creo que no...
- TONINA. ¡Este señor... es el ilustre Berniza!
- CAMPILLO. Justo... Sí... ¡Profesor de embustes!
- BERNIZA. (*A TONINA, por CAMPILLO.*) ¡Debe estar loco el pobre hombre!
- CAMPILLO. ¿Qué yo estoy loco, so fresco?... ¿A qué viene a esta casa?... ¿Y las maletas?... ¿Y los libros?... ¿Piensa colarse aquí?
- BERNIZA. ¿Qué dice este ciudadano?
- FLORENTINA. (*Saltando sobre el mostrador dice, triunfal.*) ¡Aquí hay unas maletas, unos libros y un paraguas!...
- CAMPILLO. (*Viendo las maletas, por BERNIZA.*) ¡Las tuyas!
- AMPARO. ¡No puede ser!
- CAMPILLO. ¡Si las conoceré yo!... ¡Son las del truco!...
- BERNIZA. (*Compasivo, a TONINA, por CAMPILLO.*) ¡Pobre hombre!
- CAMPILLO. ¿Conque preparando la entradita, eh? Primero los libros, después las maletas... ¡Será nevera!... (*Reparando en el equipaje y cogiendo bruscamente el paraguas.*) ¿Y este paraguas?... ¿De quién es este paraguas?...
- FLORENTINA. (*Burlándose.*) ¡De Fernando séptimo!
- CAMPILLO. ¡Es mío!... ¡Lo único que heredé de mis padres!
- FLORENTINA. No lo abra usted, Campillo... ¡Es señal de pesimismo!
- CAMPILLO. ¡Si no lo abro ni cuando llueve! (*Besa el paraguas. Transición brusca, amenazando con el mismo a BERNIZA.*) ¡Le daba así!...
- FLORENTINA. (*A AMPARO y TONINA, por BERNIZA.*) ¿Se dan ustedes cuenta del «andova»?
- BERNIZA. (*Queriendo defenderse inútilmente.*) Ya hablaremos, Tonina... Nadie crea, doña Amparo...
- TONINA. (*Sollozando.*) ¡Ay, mamá!...
- AMPARO. Me resisto a creerlo todavía.
- BERNIZA. Esto, por supuesto, debe ser una broma de Florentina y de este hombre...
- FLORENTINA. ¿Broma? (*Tomando las maletas.*)
¡«Si es broma puede pasar,
y a tal extremo llevada...»,
de esto aquí no queda nada,
como voy a demostrar!
(*Y arroja las maletas a la calle. A BERNIZA.*) ¿Qué pasa? (*A CAMPILLO.*) ¡Ciutti, termina tú la faena!
CAMPILLO coge los libros y los arroja también a la calle.
- CAMPILLO. (*Obedeciendo, loco de alegría.*) ¡Ya está!

- FLORENTINA. (*Autoritaria, a BERNIZA.*) ¡A la rúe!... ¡Por fresco... y por emboscado!
- BERNIZA. (*Solemne.*) ¡Voy a estudiar este caso de pesimismo fundamental!... ¡Ya hablaremos!...
Mutis BERNIZA calle.
- CAMPILLO. ¡Sinvergüenza!
- FLORENTINA. (*Desde la puerta, fuerte a BERNIZA.*) ¡Así te coja un camión!
Doña AMPARO y TONINA quedan desconsoladas ante el fracaso de su amistad con BERNIZA.
- CAMPILLO. (*A las dueñas.*) ¡Soy dichoso, señoras!... ¡Soy dichoso!... ¡Les he librado de un golfo... y he recobrado el paraguas! (*Mutis al despacho, abrazando y besando el paraguas.*) ¡Soy todo felicidad!
- TONINA. (*Acongojada.*) ¡Mamá, qué desengaño!... ¡Yo que creía en él!...
- AMPARO. ¡Hazte el ánimo, Tonina!... ¡También a mí me ha engañado!...
- FLORENTINA. (*Acercándose a su prima, cariñosa.*) ¿Lloras por él?... ¿No comprendes que se pasaría la vida mirándote las orejas? ¡Te aburrirías mucho! (*Transición.*) ¡Tú, tan bonita!...
- TONINA. Gracias, Florentina...
- FLORENTINA. No te pongas tonta, no... Pero mereces otra cosa... Tienes otro adorador, que no es un *sabio de pega*, pero que es muy serio, muy listo; un gran tipo...
- TONINA. ¿De veras?... ¿Quién es?... Dímelo...
- FLORENTINA. Ya te lo dirá él... cuando se atreva. (*TONINA besa a FLORENTINA.*) ¡Te lo agradezco!... Anda, ve y dale un beso a tu padre... ¡Si vieras cómo se alegra cuando tú le das un beso! ¿Verdad, tía?
- AMPARO. Sí, Tonina. Vamos.
- FLORENTINA. (*A TONINA.*) Entra tú. (*TONINA obedece. A doña AMPARO, deteniéndola.*) Usted ya se lo dará en casa. Hay gente en el despacho.
- AMPARO. ¿Qué pretendes?
- FLORENTINA. Que hablemos un momentín...
- AMPARO. No tengo ganas de disgustos... Ya has visto el que me he llevado con Berniza.
- FLORENTINA. (*Pausa breve, como temiendo iniciar la conversación.*) ¡Usted y mi padrino!...
- AMPARO. (*Cortando, molesta.*) ¿Es que vas a meterte?...
- FLORENTINA. ¡En lo que sus propios hijos no son capaces de arreglar ni defender: la felicidad de ustedes!...
- AMPARO. Saben que eso es imposible. No congeniamos. Somos muy diferentes...
- FLORENTINA. No, tía, no... Los dos quieren a sus hijos y para ellos trabajan... ¡Les une igual ilusión!... Sólo existe entre los dos una incomprensión mutua...
- AMPARO. Tal vez...
- FLORENTINA. Él es noble, sencillo, generoso... No conoce el egoísmo...
- AMPARO. ¡Pues hace falta en la vida!...
- FLORENTINA. ¿Para qué?... Con menos egoísmo en los hombres seguramente se hubiera evitado el dolor de esta gran guerra.

- AMPARO. ¡No me la nombres!... ¡Cuando pienso que pueden llamar a filas a mi hijo! ¡Qué pena!...
- FLORENTINA. ¡La que pasan otras madres y la sufren!... (*Aproximándose, cariñosa y convincente, a doña AMPARO.*) Yo quisiera ver en usted y tío Virgilio más armonía, más expansión, más cariño...
- AMPARO. Suya es la culpa.
- FLORENTINA. El pobre vive amargado...
- AMPARO. (*Irónica.*) Ya os tiene a vosotras...
- FLORENTINA. No se burle, tía... Nosotras le hemos comprendido... ¡Necesitábamos comprenderle!... Aprenda usted a conocer su alma y sabrá lo que vale... ¡Se lo pido por sus hijos!...
- AMPARO. ¡Calla, Florentina!...
- De la calle, ESTEBAN. Trae un periódico. Se le advierte nervioso.*
- ESTEBAN. Buenas, doña Amparo...
- AMPARO. Hola, Esteban...
- ESTEBAN. (*A FLORENTINA.*) ¿Y don Virgilio?...
- FLORENTINA. En el despacho. ¿Cobró usted el cheque?
- ESTEBAN. Sí... Ya retiré las letras... Aquí están...
- AMPARO. Te encuentro nervioso, Esteban.
- ESTEBAN. Un poco, sí, señora.
- FLORENTINA. ¿Algo desagradable?
- ESTEBAN. ¡Más de lo que imaginan!
- FLORENTINA. Hable... ¿Qué ocurre?
- ESTEBAN. ¡Don Mauricio!...
- FLORENTINA. ¿Qué?
- ESTEBAN. ¡Está en la cárcel!
- AMPARO. ¿Cómo?
- FLORENTINA. ¿En la cárcel?... ¿Quién se lo ha dicho?... ¿Cómo lo sabe?
- ESTEBAN. La prensa. Aquí lo tiene. Unas líneas. Léalo.
- Le entrega el periódico a FLORENTINA, que lee con avidez la noticia.*
- AMPARO. ¿Pero es posible?
- ESTEBAN. Desde hace dos días.
- FLORENTINA. (*Que ha terminado de leer.*) De modo, ¿que en Barcelona?... Complicado en una banda de especuladores en gran escala...
- ESTEBAN. Allí tenían la oficina central de su negocio y amasaban los millones con el hambre del pueblo resignado.
- FLORENTINA. ¡La hizo buena!...
- AMPARO. ¿Los han detenido a todos?
- ESTEBAN. Y le han decomisado los géneros y el dinero.
- FLORENTINA. Y, desde luego, el del negocio con mi tío...

- AMPARO. ¿El de nuestro negocio también?
- ESTEBAN. Lo empleó casi todo en sus asuntos, sin contar con don Virgilio para nada.
- AMPARO. ¿Y lo sabe mi esposo?
- ESTEBAN. Lo del dinero, sí.
- FLORENTINA. Lo de la cárcel, no.
- AMPARO. ¡Ay, pobre Virgilio!... ¡Este disgusto me lo va a matar!
- ESTEBAN. Voy a decírselo... Es preciso que se entere...
Mutis al despacho. Pausa.
- AMPARO. ¡Qué infamia!... ¡Qué ruina!...
- FLORENTINA. Compárelos... Compárelos... Zambrano, muchas palabras, muchas promesas, muy malos hechos... Canet, tímido, callado, todo bondad y amargura... ¿Quién vale más que los dos?
- AMPARO. *(Vencida y abrazándola.)* ¡Florentina!... ¡Hija mía!...
Del despacho salen ELENA, TONINA, don VIRGILIO, ESTEBAN y CAMPILLO, con gesto de asombro y expectación.
- VIRGILIO. *(Luego de una breve pausa.)* ¿Ya lo sabes, Amparo?... ¡Qué desgracia!
- FLORENTINA. ¡Desgracia, no!... ¡Justicia!...
De la calle, TADEO.
- TADEO. Me cansé de indagar, don Virgilio. Ni la hermana, ni el sobrino, ni la «pájara» saben una palabra de don Mauricio.
- VIRGILIO. Nosotros, sí. Ya lo hemos sabido todo.
- FLORENTINA. *(A TADEO.)* Tú siempre llegando tarde, cacatúa.
- VIRGILIO. Mañana, Tadeo, quitas el rótulo a la casa.
- FLORENTINA. ¿El de Zambrano y Canet?
- VIRGILIO. Sí. Hay que cambiar la firma por «Canet y Compañía».
- FLORENTINA. ¿Quién va a ser la Compañía?
- VIRGILIO. ¿Quién ha de serlo?... *(Con generoso y emocionado arranque.)* ¡Vosotros!... ¡Mis obreros!... ¡Mis hermanos!... ¡Si con vuestra ayuda gané mi bienestar honradamente, ya es hora de que séais tan dueños como yo!
- ESTEBAN. ¡Gracias, don Virgilio!... ¡En nombre de todos, gracias!
Le abraza con emoción, que se transmite a los demás.
De la calle NARCISO, que viene riéndose.
- NARCISO. ¡Ja!... ¡Ja!... ¡Ja!... ¡Qué gracia ha tenido!... ¡Ja!... ¡Ja!... ¡Ja!... ¡Ja!...
- FLORENTINA. ¿Qué pasa?
- AMPARO. ¿Por qué te ríes?... ¿Qué ha ocurrido?...
- NARCISO. ¡Que a Berniza... acaba de cogerle un camión!... ¡Ja!... ¡Ja!...
- FLORENTINA. ¡Le llegó mi maldición!... ¡Me alegro!... ¿Era de esos grandes?
- NARCISO. ¡Y con soldados!... ¡«El Canguro»!... ¡Con unas maletas y unos libros lo metieron!... ¡Puso una cara de pesimismo!... ¡Ja!... ¡Ja!... ¡Ja!...

- TONINA. Otra desgracia.
- FLORENTINA. ¡Otra justicia, prima!... ¡Otra justicia!... *(Transición. A TONINA por ESTEBAN.)* Tu desgracia va a ser ese. ¿No lo ves «colao» por ti?...
Quedan hablando ESTEBAN y TONINA, sonrientes.
- VIRGILIO. *(Consultando el reloj.)* Es la hora. Podéis iros, compañeros.
- CAMPILLO. *(A don VIRGILIO.)* A mí me da vergüenza; pero, vamos, ¡que yo no me conformo con la mano!
- VIRGILIO. Un abrazo, ¿verdad?... Toma, consocio. *(Se abrazan, y enjugándose una lágrima TADEO y conmovido CAMPILLO, hacen mutis calle. Pausa. Han quedado formando grupos ELENA y NARCISO, TONINA y ESTEBAN. Y en primer plano FLORENTINA, VIRGILIO y doña AMPARO.)* Nos vamos a quedar muy pobrecitos.
- FLORENTINA. ¡Y qué más da!
- AMPARO. *(Por FLORENTINA, a don VIRGILIO.)* Tiene razón la nena... ¡Qué más da! *(Con emocionada sinceridad a su marido.)* ¡Te tenemos a ti, y eso... es bastante!
- FLORENTINA. ¡Por fin!... *(A ELENA en transición.)* Elena, ya podemos marcharnos de esta casa... ¡Nuestra misión está cumplida. ¡A trabajar a otra parte!...
- VIRGILIO. Pero... ¿qué dices?...
- NARCISO. *(Con enfado e indignación.)* ¿Que os vais vosotras?
- AMPARO. *(Rotunda.)* ¡De ningún modo... ¡Os necesito a mi lado!...
- FLORENTINA. *(En dulce y amarga recriminación a su tía.)* ¡Si no nos quiere!...
- AMPARO. *(Exaltada de gratitud y de ternura.)* ¿Cómo que no? ¡Si con vosotras entró el sol en esta casa! *(Abrazándolas.)* ¡A mis brazos, hijitas!... ¡Así..., sobre mi corazón!...
Pausa emocionada.
- FLORENTINA. *(Besando a su tía, dice triunfal.)* ¡Y llora, Elenita, llora de verdad!... ¡Sí que nos quiere!... *(Categorica.)* ¡Nos quedamos!... ¡Nos quedamos!... ¡Trabajaremos aquí!... ¡Qué más da!

CUADRO Y TELÓN

FIN DE LA COMEDIA